

VI Concurso de Lectura en Público

Categoría B (E. Secundaria) – Modalidad individual

“Intemperie”

(Jesús Carrasco)

Desde su agujero de arcilla escuchó el eco de las voces que lo llamaban y, como si de grillos se tratara, intentó ubicar a cada hombre dentro de los límites del olivar. Berreos como jaras calcinadas. Tumbado sobre un costado, su cuerpo en forma de zeta se encajaba en el hoyo sin dejarle apenas espacio para moverse. Los brazos envolviendo las rodillas o sirviendo de almohada, y tan sólo una mínima hornacina para el morral de las provisiones. Había dispuesto una tapadera de varas de poda sobre dos ramas gruesas que hacían las veces de vigas. Tensó el cuello y dejó suspendida la cabeza para poder escuchar con mayor claridad y, entrecerrando los ojos, aguzó el oído en busca de la voz que le había obligado a huir. No la encontró, ni tampoco distinguió ladridos y eso le alivió porque sabía que sólo un perro bien adiestrado podría descubrir su guarida. Un perdiguero o un buen trufero cojo. Quizá un sabueso inglés, uno de esos animales de cortas patas leñosas y orejas lacias que había visto una vez en un periódico llegado de la capital.

Por suerte para él, el llano no daba para exotismos. Allí sólo había galgos. Carnes escurridas sobre largos huesos. Animales místicos que corrían tras las liebres a toda velocidad y que no se detenían a olfatear porque habían sido arrojados a la Tierra con el único mandato de la persecución y el derribo. Flameaban líneas rojas en sus costados como recuerdos de las fustas de los amos. Las mismas que en el secarral sometían a niños, mujeres y perros. Corrían, al fin y al cabo, y él estaba parado en su pequeña cueva arcillosa. Perdido entre los cientos de olores que la profundidad reserva a las lombrices y los muertos. Olores

que no debería estar oliendo, pero que él había buscado. Olores que lo alejaban de la madre.

“Cyrano de Bergerac”

(Edmond Rostand)

Cyrano: ¡Oh no!, es muy corto jovenzuelo. Se podrían decir muchas cosas al vuelo variando el tono. Tomad algún ejemplo, agresivo; “Si yo tuviese ese templo en mi cara, querría que se me amputara”; amistoso; “Si vuestra boca libara deberíais usar un enorme tubo de ensayo”; descriptivo; “¡Es una roca...un pico...un rayo! ¿Qué digo un rayo?...¡Es la cima de una montaña!”; curioso; “¿De qué os sirve esa inmensa castaña?, ¿De escritorio señor o tal vez de cornucopia?”; gracioso; “Vos tenéis una forma muy propia de amar a las aves con cariño sincero, pues lleváis en la cara un bonito gallinero!”; truculento; “¿No es cierto que cuando fumáis, y el humo por la nariz sacáis, siempre hay alguien que grita ¡fuego! ¡un incendio!?”; previsor; “Podéis ahorraros ese dispendio, con un peso así podríais caer al suelo”; tierno; “Si no la cubrís con un gran pañuelo del sol, se os pondrá mas roja que un pimiento”; pedante; “A esa especie de esperpento Aristófanes le llamó *hipocampocamelludo*, tenia mas carne bajo la frente que Neptuno”; dramático; “Será el mar rojo cuando sangre”; admirativo; “para un pescador ¡que palangre!”; lírico; “¿Es un tritón hermafrodita?; cándido; “¿El monumento cuando se vigila?; militar; “¡El objetivo de la caballería!”; práctico; “¿Queréis rifarla en la lotería?, os aseguro que será el premio gordo”. Y en fin parodiando a Príamo el sordo, ¡Contemplad la nariz que el rostro de su dueño privaba de armonía y ha aturdido su sueño!

Poco más o menos esto díchome hubierais, si un poco mas de ingenio y letras tuvierais. Mas al parecer poco ingenio en la cuna recibisteis y en cuanto a letras, muy pocas tuvisteis, solo son siete que forman la palabra ¡cretino!... Y si vuestro seso tuviese más fino, no me habría lucido ante la galería, provocando en la gente esta algarabía. Si hubieseis pronunciado una pequeña broma ingeniosa os juro que yo no habría dicho ni coma. Puedo ser muy gracioso, pero si alguien me irrita, me pongo furioso.